

La Excelencia del Amor

Un sermón basado en 1 Corintios 13:13

Por Wulfert Floor (sermón 117a)

Lectura Bíblica: 1 Corintios 13:13

Salterio 7:1, 2

403:1 - 3

290:1, 2, 4

134:1, 2

Queridos amigos,

Las palabras de nuestro texto se encuentran en el capítulo que hemos leído juntos, 1 de Corintios 13, el versículo 13: *“Y ahora permanece la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor”*. Estas palabras hablan acerca de

LA EXCELENCIA DEL AMOR

Vamos a pensar en:

- 1. La fe, la esperanza y el amor; y**
- 2. La excelencia del amor**

PRIMER PENSAMIENTO

A. LA FE

Amigos, ¿qué es la fe? La fe es creer todo lo que Jehová, el Señor, ha dicho en Su preciosa Palabra. Pablo dijo: *“Yo confío en Dios, que será así como se me ha dicho”* (Hechos 27:25). Leemos acerca de Abraham: *“Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia”* (Ro. 4:3). El carcelero filipense *“...se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios”* (Hechos 16:34).

Ahora bien, si por la gracia de Dios usted y yo creemos a Dios y creemos *en* Dios, lo siguiente sucederá: crearemos en la justicia de Dios, y estaremos de acuerdo con Su santa ira. Entonces creemos que somos precisamente como la Biblia nos describe: malvados desde nuestra niñez, y como se dice en Salmos 58:3: *“Se apartaron los impíos desde la matriz”*. Si creemos a Dios, creemos estas verdades acerca de nosotros con vergüenza, y también creemos que el Juez del mundo no sería injusto si nos castigara temporal y eternamente. Entonces decimos con Eliú: *“Lejos esté de Dios la impiedad, y del*

Omnipotente la iniquidad” (Job 34:10). Nuestro corazón, que antes era incircunciso, se hace abatido, y aceptamos el castigo de nuestra iniquidad.

Por otro lado, si realmente creemos a Dios, creemos en Su bondad y Su amor. “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*” (Jn. 3:16). El Señor es bueno y perdona en Su misericordia. Ahora, cuando el alma cree a Dios, cree en la bondad de Dios, y recibe una impresión profunda de Su amor. Vemos esto en la vida de David, quien no sólo escribió: “*He hecho lo malo delante de tus ojos, para que seas reconocido justo en tu palabra*” (Salmos 51:4), sino que también escribió: “*Misericordia y juicio cantaré*” (Salmos 101:1). En un solo Salmo David repitió veintiséis veces: “*Porque para siempre es su misericordia*” (Salmos 136).

Es más, si creemos a Dios y Su Palabra, nos arrodillamos a los pies de Jesús para hacerle conocer todas nuestras necesidades, y para pedirle con David: “*Libra mi alma*” (Salmos 6:4), tal como clamaron el centurión y la mujer cananita que se le acercó a Jesús para tocar el borde de Su manto. A cada uno de esas personas que tomaron refugio en Cristo se le fue dicho: “Tu fe te ha salvado”. El pueblo que cree a Dios ya recibe una vista tan exaltada de la plenitud de Jesús, y aprende que Él “*...puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios*” (Heb. 7:25), de modo que no deja de encargar su alma culpable para reconciliación y salvación. Se entrega enteramente a Él como el Único que nos puede reconciliar nuestra culpa ante Dios, instruarnos en el camino de la salvación, librarnos de Satanás, y escribir Su Ley en el corazón. Él se ofrece a hacer todo *a* nosotros, *para* nosotros, y *en* nosotros por la gracia libre, y no los reclama por sus pecados anteriores. Por la gracia el alma va a Él, entregándose completamente a Él para recibir paz con Dios por medio de Él y para ser coronado con Su semejanza.

Esto es algo sencillo; sin embargo, es necesaria la gracia divina para que se experimente. Un escritor de antaño dijo: “La fe es tan simple como imposible. ¿Qué es más fácil que respirar?, pero es algo imposible para un muerto. ¿Qué es más fácil que caminar?, pero es imposible para uno que tiene sus piernas fracturadas. Sólo el Espíritu Santo nos puede enseñar a creer, y si hemos aprendido de Él, la fe se

pone en la práctica. Por lo tanto, ven, pecador, da la mano a Dios, y así es imposible que vayas al infierno”.

Por último, si creemos a Dios y Su Palabra, nuestro corazón está purificado por la fe (Hechos 15:9). *“Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras”* (Tito 3:8). El pecador procura cumplir lo que dice en 1 Corintios 10:32: *“No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios”*. Tales personas desean estar *“...llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios”* (Fil. 1:11), y a tal fin piensan en *“...todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre”* (Fil 4:8). Así hemos tratado de lo que es la fe.

B. LA ESPERANZA

Ahora hablamos acerca de la esperanza. Se encuentra en todos los hijos de Dios, quienes han sido renacidos para una esperanza viva (1 Pe. 1:3). La esperanza es lo que es un resultado de la fe, por la cual el alma, en unión con Cristo, espera con paciencia los beneficios que son prometidos en el Pacto de la Gracia. La fe mira la promesa de Dios, y la esperanza mira los beneficios que son prometidos. La fe toma en cuenta la bondad de Él que prometió, y la esperanza toma más en cuenta la gloria del bien prometido.

Algunos hijos de Dios tienen una plena certeza de la esperanza (Heb. 6:11). Están ciertos de que algún día llevarán la corona de la vida, y de que ninguna opresión, persecución, miedo o peligro, sea lo que sea, los puede separar del amor de Cristo. Diariamente gozan de la bendita presencia del Señor, y siempre se regocijan en la esperanza de su salvación.

Hay otros del pueblo de Dios que no han experimentado esta certeza tan poderosamente, y así no gozan de tanto consuelo; sin embargo, generalmente tienen una cierta esperanza en la Palabra de Dios. Así dice Pablo en Romanos 15:4: *“...a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”*. También David dice: *“Acuérdate la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hecho esperar”* (Sal. 119:49).

Hay otros aún que no han avanzado tanto, y con Miqueas esperan el Dios de su salvación (Miq. 7:7). A veces se alegran mucho por el hecho de que el Señor promete grandes cosas para *“...el que en él*

espera” (Is. 64:4), y ellos pueden decir con David acerca de la obra que Dios ha comenzado en ellos: *“Jehová cumplirá su propósito en mí”* (Sal. 138:8).

Aún otros están muy desanimados y dudosos muchas veces, diciendo con David en su premura: *“Cortado soy de delante de tus ojos”* (Sal. 31:22), y lamentando con la Iglesia: *“Percieron mis fuerzas, y mi esperanza en Jehová”* (Lam. 3:18). Sin embargo, ellos no cambiarían su porción por lo que tiene el mundo, pues se recupera su esperanza y dicen con la Iglesia: *“Esto recapacitaré en el corazón, por lo tanto esperaré”* (Lam. 3:21). El profeta Zacarías los llama *“...prisioneros de esperanza”* (Zc. 9:12). Los ataques de incredulidad y del enemigo los mantienen atados; no obstante, hay momentos cuando su fe débil levanta sus cabezas por encima de las aguas. La esperanza del pueblo de Dios es como un grupo de viajeros que caminan hacia la ciudad: entre ellos hay aquellos que pueden caminar diez y hasta doce horas al día, mientras hay otros que son viejos y cojos y andan a un paso mucho más lento, al final venciendo todas las dificultades y entrando en la ciudad al igual que los otros.

Muchas veces nuestra esperanza es como una persona enferma: pensamos que nunca se recuperará, pero Dios siempre preservará viva Su obra. Por eso el apóstol Pablo dice en nuestro texto que tanto la fe como la esperanza *“permanecen”*. A veces la llama de fuego se vuelve en una chispa, y el arroyo se convierte en unas gotas; sin embargo, la esperanza permanecerá. La fidelidad y el poder de Dios preservan la fe y la esperanza, a pesar de que nuestros sentimientos a veces lo niegan. Jesús oró para que no faltara la fe de Pedro, y Él sigue orando así y cuidando a Su pueblo, estando con ellos hasta el fin. Las palabras del Salmo lo expresan de una manera hermosa: *“Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; Él nos guiará aun más allá de la muerte”* (Sal. 48:14).

C. EL AMOR

El apóstol también habla en nuestro versículo acerca del amor. Este don también permanece en el corazón de todo el pueblo de Dios. A propósito he dicho: *“en el corazón del pueblo de Dios”*, porque no creo que este amor pueda vivir ni viva en el corazón del mundo. Las personas del mundo hablarán sobre un Dios amoroso, pero las Escrituras nos enseñan que no aman a Dios, sino que Lo odian, pues *“...los*

designios de la carne son enemistad contra Dios” (Ro. 8:7). El amor a Dios sólo puede estar en el corazón de los que son nacidos de nuevo. Esta joya que es el amor es un fruto de la gracia de Dios y no de nosotros mismos, como bien dicen las Escrituras: *“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”* (1 Jn. 4:19).

¿Cómo podemos saber si amamos a Dios o no? Bueno, podemos usar un ejemplo de la vida para nuestra respuesta. Pienso que si yo amara el dinero, mi amor por el dinero no se vería por poder mostrar mucho dinero a otros, sino por en el hecho de que con todo el deseo de mi corazón me levantaría cada mañana y lo buscaría. Haría todo lo posible para conseguirlo; invertiré en el mercado, buscaría un buen trabajo, y haría todo lo posible para conseguir ese dinero. Y, ¿es lo mismo con el amor a Dios! Si verdaderamente amo a Dios, diré con David: *“Con todo mi corazón te he buscado”* (Sal. 119:10), o *“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía”* (Sal. 42:1). Aquel buscando, deseando y anhelando a Dios como nuestra porción es una muestra de que Lo amamos, ¿no es cierto?

Además, si amara a Dios, lucharía contra mis pecados porque Dios los abomina. Si amara a Dios, lloraría porque no puedo vivir sin pecar contra el Señor. Oraría por la gracia de Dios para agradecerle a Dios en todo. Es más, si amara a Dios, amaría a Su Palabra, por la cual Él me habla, y tendría una necesidad de la oración diaria, por la cual yo le hablo a Él. Por causa de mi amor a Dios, amaría a todas las personas que llevan Su semejanza; es decir, Su pueblo, aunque sea rico o pobre. Y, hay otra cosa muy importante: si amo a Dios de verdad, entonces por amor a Él amo a todas personas, aunque no sean convertidas. Oh, no menosprecio a nadie, porque reconozco que si no fuera por la gracia de Dios yo tampoco sería salvo.

Eso es el amor, queridos amigos. Aunque en muchos aspectos queda pequeño, aun así es verdadero. Aunque debe ser una llama que crece, muchas veces no es más que una chispa. Que nos hace lamentar y orar que nuestro amor crezca.

SEGUNDO PENSAMIENTO

En nuestro segundo pensamiento, veremos la excelencia del amor, por encima de la fe y la esperanza. El apóstol Pablo dice que el mayor de ellos es el amor. Eso es por las siguientes razones:

En primer lugar, la fe y el amor son virtudes que dependen de las riquezas y la justicia de Otro, pero el amor da algo de sí, por más pequeño que sea. El amor en el corazón del hijo de Dios desea dar algo ante Dios, pero se encuentra con nada, y por eso pregunta con toda humildad: “¿*Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?*” (Sal. 116:12). Sin embargo, el amor da de lo que tiene al hermano de la fe y a todos sus prójimos, y no sólo le da buenas palabras, sino también le muestra generosidad, sabiendo que “*Mas bienaventurado es dar que recibir*” (Hechos 20:35). ¿Quién puede servir a otro con su fe? Claro, puedo orar por alguien, ¡pero no puedo creer para otra persona! Sin embargo, el amor comparte, sea mucho o sea poco, y por tal razón el amor es mayor que la fe.

En segundo lugar, el amor es mayor que la fe y la esperanza porque el amor se asemeja más al bendito Dios. Dios no tiene fe ni esperanza, pero sí tiene amor; más bien, “*Dios es amor*” (1 Jn. 4:8).

Por último, el amor es mayor porque permanece más. La fe y la esperanza terminan en las puertas del cielo, pues la fe se convierte en la vista y la esperanza se convierte en la posesión, pero el amor permanece para siempre. “*El amor nunca deja de ser*” (1 Co. 13:8). Es más, cuando la vara de la fe se coloca en la entrada del cielo, entonces una gota del amor se convertirá en un río como el Jordán. Aquí en el mundo, la pequeña “planta” del amor está en una tierra que es tan pobre, de modo que nunca llega a ser un árbol, y aunque el amor nunca deja de ser, muchas veces la plantita de nuestro amor languidece como si muriera, y es sólo un milagro de Dios que no se desvanezca. Oh ¡mi amor tan pobre! Aquí tu llama es tan pequeña para con Dios y Su Palabra y Su pueblo. Sin embargo, la llama crecerá, y el amor estará en el cielo eternamente, como dice la novia acerca del amor: “*...sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor*” (Cantares 8:6, 7).

Antes de terminar con algunas palabras de aplicación personal, vamos a cantar del **Salterio 290, las estrofas 1, 2 y 4.**

APLICACIÓN

La fe, la esperanza y el amor permanecerán en todos los que realmente temen a Dios, pues Dios Mismo lo asegurará. Sin embargo, donde no hay fe, es imposible que permanezca. Por lo tanto es necesario que nos examinemos para ver si tenemos la fe, la esperanza y el amor.

¿Hay la fe en tu corazón? Por la fe una persona no sólo llega a ser pecador, sino que se siente como un *pobre* pecador, sin sabiduría, sin fuerza y sin justicia. Esta es la confesión de cada creyente, tanto en el Nuevo como el Antiguo Testamento. Por la fe, Cristo se hace precioso y necesario al pecador, y sólo en Él buscamos nuestra salvación. En las Escrituras se refiere a esto como la fe que se refugia en el Señor, la fe que sigue al Señor, la fe que Le da al Señor el corazón, la fe que se entrega completamente en las manos del Señor, para que Él nos libre, y también para que Él nos corone con Su semejanza y nos una con Él para siempre.

¿Conoces tú esta fe que se refugia en el Señor, tal como tenía la mujer cananita que asía del manto de Jesús? ¿Sabes tú algo de esa lucha con el Señor como hizo Jacob? ¿Sabes tú algo de escoger el camino de la gracia en Cristo porque tú no puedes pagar nada por tu culpa ni puedes llevar a Dios nada para tu salvación? ¿Conoces tú aquel camino de la obediencia al Señor, comportándose como una persona que teme a Dios a pesar de las atracciones del mundo?

¿Tienes tú la esperanza? No me refiero a una esperanza en la cual una persona espera estar salvo porque vive una vida respetuosa y porque Dio es misericordioso. Antes me refiero a una esperanza que procede de la fe, y una esperanza en la cual Cristo y Sus promesas son el único fundamento. Y, ¿cómo es con el amor? Tal vez el amor en tu vida espiritual languidece, pero aún vive. ¿Oras todos los días que se aumente tu amor, para que la chispa se vuelva en una llama?

¿Conoces tú estas cosas, por lo menos en su principio? Empleando las palabras de Job, “¿Se halla en ti la raíz del asunto?” (Job 19:28). Oh hijo de Dios, no te olvides de que el Señor no apagará la pequeña “chispa”, pues Él es el Autor y Consumador de la fe. Un día, al comenzar la eternidad, tú pondrás a un lado la fe y la esperanza, y te darás cuenta de que tienes algo que sobrepasa todo en este pobre mundo, para que descanses eternamente de tus labores y seas perfecto en el amor, obrado de Dios en el corazón.

Tal vez alguien diga: “Pero yo he ido a Jesús por muchos años, y he repetido mi oración miles de veces, pero la aridez y la deficiencia de mi corazón y mis propias acciones me hacen dudar mucho de que yo haya ido a Jesús de verdad, y de que mi fe sea verdadera. Yo te respondo así: “La aridez espiritual no es nada bueno, pero no voy a hablar mucho sobre ella ahora. Sin embargo, la gran pregunta que te planteo

es: ¿estás en paz o en conflicto con el pecado? Daré un ejemplo terrenal para explicarlo: el hecho de que yo me haya caído en el agua no quiere decir que me alegre hacerlo. Los peces viven y se deleitan en el agua, pero yo prefiero estar en la tierra, y eso me hace luchar para lograr salir del agua. Es así espiritualmente: ¿estás contento en el mundo del pecado, o luchas diariamente contra ello?”

Si tú eres una de aquellas personas que preguntas si tu amor a Dios es verdadero o no, te aconsejo que la mejor manera de aclarar el asunto es acudir a Cristo, diciéndole todas tus necesidades, contándole todas tus angustias, y otra vez refugiándote en Él como la única justificación y santidad de Su pueblo, así confiando en el sacrificio eterno y eficaz que Él ha hecho. Si tú experimentas que realmente puedes refugiarte y acudir a Jesús con todas tus aflicciones, esto es una prueba de que en el pasado también has huido a Jesús de verdad. Oh, vuelve a Jesús con todas las objeciones que surgen en tu corazón; ¡busca tu paz en la única ciudad de refugio! La puerta está abierta; tú tienes libertad para entrar, y Él te invita a venir a Él. Hijo de Dios, tú estás de acuerdo con Dios de que puedes ser salvo únicamente por la gracia, ¿no es cierto? Entonces, escucha las palabras de Él: *“Venid, que ya todo está preparado”* (Lc. 14:17). No es posible sobreestimar la bondad y el amor de Jesús.

Sin duda hay algunas personas hoy que tienen que decir: “No tengo nada todavía; no tengo la fe ni la esperanza, y según lo que he escuchado hoy, también es imposible que tenga el amor si no tengo la fe ni la esperanza.” A tales personas yo diré lo siguiente:

En primer lugar, la fe, la esperanza y el amor son los frutos preciosos y los beneficios del Pacto de la Gracia, y siempre será imposible que tú te hagas digno de estas cosas por tus propias fuerzas o méritos. Por lo tanto leemos en las Escrituras: *“¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?”* (Is. 53:1). Esto nos enseña que es necesario que se manifieste el brazo, es decir el poder, del Señor en nuestra vida, para que podamos creer verdaderamente.

En segundo lugar, la fe, la esperanza y el amor no son cosas que se compren, sino que se obtiene libremente como un regalo gratuito por la gracia de Dios. Por lo tanto el apóstol Pablo dice a los filipenses: *“Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo”* (Fil. 1:29). En otro lugar leemos acerca de *“...los que por la gracia habían creído”* (Hch. 18:28). Esto debe dar ánimo al pecador, cuando se da

cuenta que no es algo que tiene que pagar por sus propias fuerzas ni por sus propios méritos. Es cierto que a veces Dios da la gracia de la fe y la esperanza a los que parecen respetuosos y no viven externamente en el pecado; sin embargo, Dios también da Su gracia a muchos pecadores de los más viles y quienes son rechazados por los demás, así haciéndolos en Su propia semejanza, para la gloria y el honor de Su gracia libre. En cada caso, sea la conversión de una persona “respetuosa” o una vil persona de las más pecaminosas, sólo se puede decir con Pablo: “Por la gracias sois salvos”.

Por último, en luz de la gran necesidad de poseer la fe y ser convertido, y ya que es imposible hacer nada por sí mismos, es mi deseo que todos ustedes se arrodillen ante el Altísimo, y que aprendan a orar por la gracia salvadora. Cuanto más que aprenden que es imposible en sí mismo, tanto más que orarán al Señor que Él lo haga. Es así que el alma de un pobre pecador a veces se estremece, porque se da cuenta de que no puede hacer nada en absoluto para su propia salvación, pero a la misma vez se da cuenta de la gran necesidad de ser salvo antes de que la muerte toca a la puerta.

Leemos que los discípulos de Jesús se asombraron cuando oyeron las palabras del Salvador al joven rico: *“De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos”*, y luego dijo: *“Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios”* (Mt. 19:23, 24). Cuando se asombraron los discípulos, Jesús comenzó a enseñar cómo el camino al cielo está sólo en Dios, y que el hombre no puede hacer nada para procurarlo: *“Jesús les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible”* (v. 26). Ahora bien, ¿acaso les fue motivo de infelicidad para los discípulos oír estas palabras del Señor? ¡De ninguna manera! Más bien, es así que todos los verdaderos discípulos del Señor aprenden a poner su única esperanza en aquellas benditas palabras de Jesús: *“Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible”*.

Queridos amigos, que vayan a sus casas con estas palabras, y espero que Dios ponga en sus corazones impresiones de la seriedad del asunto, para que vayan a un lugar solitario para clamar: “Dios, ¡ten misericordia de mí! ¡Dame ese Espíritu de fe! ¡Átame a Ti y a Tu servicio! ¡Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio!” Espero que no dejen de orar así hasta que sea salva para siempre tu alma. El hombre que

realmente busca y ora toda su vida va al cielo, pero el hombre que vive sin miedo, confiando en sus propios esfuerzos y virtudes, será perdido para siempre. Amén.